

## ESCUELA SABÁTICA | LOS TRES MENSAJES CÓSMICOS

### LECCIÓN 04: TEMED A DIOS Y DADLE GLORIA

El mensaje de los tres ángeles tiene por objetivo principal preparar al mundo para la segunda venida de Cristo. Tal y como lo estudiamos hace un tiempo, la maduración de la tierra es el producto de la aceptación o el rechazo del evangelio eterno. En esta ocasión comentaremos en relación con los primeros dos elementos del mensaje del primer ángel, los cuales están expresados en forma imperativa: “Temed a Dios, y dadle gloria” (Apocalipsis 14:7). Recordemos que “cada orden es una promesa; [que] aceptada por la voluntad, [y] recibida en el alma, trae consigo la vida del ser infinito” (*La educación*, 126). Esto significa que Dios hará que le temamos y le demos gloria por el poder de su Palabra. ¡Él lo ha prometido! Con estas buenas nuevas inicia el contenido el mensaje del primer ángel.

El verbo griego “temed” utilizado en Apocalipsis 14:7 es “fobéo”, el cual significa “temer” o “reverenciar”. La expresión “temed a Dios” no se refiere a un pánico por la presencia divina, sino al hecho de acercarse a él con respeto. Es interesante notar que el temor a Dios es presentado en las Escrituras como lo opuesto a la confianza propia. El proverbista declara: “Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia... No seas sabio en tu propia opinión; teme a Jehová, y apártate del mal” (Proverbios 3:5 y 7). Es decir: temer a Dios es dejar de centrarnos en nuestro yo, renunciando a todo vestigio de autoestima, viviendo de “toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). Temer a Dios es un llamado a negarnos a nosotros mismos, tomar la cruz y seguirle (Mateo 16:24). ¿Ahogar la auto confianza? ¿Desechar el amor propio? ¡Sí! Ya que, como verás, estos elementos son totalmente incompatibles con el evangelio de Cristo, el cual “abate en el polvo la gloria del hombre, y hace por el hombre lo que éste no puede hacer por sí mismo” (*Testimonios para los ministros*, 456). El mundo de hoy te dice: “¡Lléname de amor propio!”, “¡Céntrate en ti mismo!”, “¡Vamos, tú puedes hacerlo!”. Pero Dios te dice: “¡Llenaré tu corazón de mi amor ágape!” (Romanos 5:5), “¡Fija la mirada en Jesús!” (Hebreos 12:2), “¡Separados de mí nada podéis hacer!” (Juan 15:5).

“Temed a Dios” es un solemne llamado a abandonar la visión ególatra del antiguo pacto, el cual debe ser “desechado y repudiado categóricamente, para que el nuevo pacto - Cristo- ocupe el lugar que le corresponde y manifieste su poder salvador” (A.T. Jones, *Estudios sobre Gálatas*, 265). Pero “temed a Dios” es también una invitación a reverenciarle mediante la observancia de sus mandamientos. En las Escrituras, tanto el temor a Dios como la obediencia a la ley están directamente relacionados. Notemos el siguiente pasaje para confirmar ese nexo: “El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre” (Eclesiastés 12:13). Ahora que hemos llegado a este punto, es importante que nos preguntemos: ¿Puede el hombre por su propia fuerza de voluntad guardar la ley, y por ende temer a Dios? La respuesta es un categórico y rotundo ¡No! El hombre no dispone de esa capacidad; pero Dios sí tiene ese poder, y mediante la sangre del pacto eterno él puede

hacernos obedientes y circuncidar nuestro corazón: “Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén” (Hebreos 13:20-21).

Así, la obediencia no es nuestra parte en el pacto, sino la promesa misma del pacto (Jeremías 31:33). La obediencia no es una obra humana, sino una obra divina (Ezequiel 36:26-27). Creo que la siguiente cita ofrece una descripción magistral sobre el origen y la dinámica del regalo de la obediencia. Te invito a leerla con detenimiento: “La ley requiere justicia, una vida justa, un carácter perfecto; y esto no lo tenía el hombre para darlo. No puede satisfacer los requerimientos de la santa ley de Dios. Pero Cristo, viniendo a la tierra como hombre, vivió una vida santa y desarrolló un carácter perfecto. Ofrece estos como don gratuito a todos los que quieran recibirlos. Su vida reemplaza la vida de los hombres. Así tienen remisión de los pecados pasados, por la paciencia de Dios. Más que esto, Cristo imparte a los hombres atributos de Dios. Edifica el carácter humano a la semejanza del carácter divino, y produce una hermosa obra espiritualmente fuerte y bella. Así la misma justicia de la ley se cumple en el que cree en Cristo” (*El Deseado de todas las gentes*, 710).

El segundo imperativo que aparece en Apocalipsis 14:7 es “dadle gloria”.

¿Qué es la gloria de Dios a la cual hace referencia esta expresión? La Biblia nos dice que ante el pedido que Moisés le hizo al Señor: “Te ruego que me muestres tu gloria” (Éxodo 33:18), Dios le mostro su bondad, misericordia y clemencia (Éxodo 33:19). Es decir: la gloria de Dios no es un destello de luz eneguedora, sino más bien los atributos característicos de su carácter. La mensajera del Señor, comentando el incidente de Éxodo 33, declara lo siguiente: “Orad con Moisés: ‘Te ruego que me muestres tu gloria’. ¿Qué es esta gloria? El carácter de Dios. Así lo proclamó el Señor a Moisés” (*Obreros evangélicos*, 431).

Por lo tanto, en la expresión “dadle gloria” encontramos una apelación a permitir que la gracia divina transforme nuestro carácter para que este sea un testimonio vivo del amor de Dios al mundo. La inspiración lo expresó de la siguiente manera:

**“Dar gloria a Dios es revelar su carácter en el nuestro, y de esta manera hacerlo conocer. Y glorificamos a Dios en cualquier forma en que hagamos conocer al Padre o al Hijo”** (Ellen White, en *7 Comentario bíblico adventista*, 990).

¿Qué hace posible que el carácter del creyente sea un reflejo del carácter santo e irreprensible de Cristo? ¿El esfuerzo propio? ¿La fuerza de voluntad? ¿El auto refinamiento? ¡No! Esto sólo lo puede hacer Cristo, debido a que esta obra requiere un poder que el hombre no tiene ni puede producir por sí mismo. Por esa razón, Pablo escribió que “el Espíritu del Señor nos va transformando de gloria en gloria, y cada vez nos parecemos más a él” (2 Corintios 3:18, NBV). ¿Lo notaste? Es el Espíritu del Señor el que nos transforma e imprime su amor ágape en nosotros, y cuando “el carácter de

Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces vendrá él para reclamarlos como suyos” (*Palabras de vida del gran Maestro*, 47).

Pero la expresión “dadle gloria” no solamente tiene una dimensión espiritual, sino también una dimensión física, ya que las Escrituras nos instan así: “Glorificad... a Dios en vuestro cuerpo” (1 Corintios 6:20). Por lo tanto, el creyente “debe de glorificar a Dios en todo lo que hace; hasta en lo que come y bebe” (1 Corintios 10:31, NBV). ¿Cuál es el único recurso que Dios ha provisto para que el hombre le dé gloria mediante la mayordomía de su cuerpo? Permitamos que la inspiración responda esta pregunta en la siguiente cita: “Los hombres no serán nunca temperantes hasta que la gracia de Cristo sea un principio viviente en el corazón... Las circunstancias no pueden producir reformas. El cristianismo propone una reforma del corazón... El plan de comenzar afuera y tratar de obrar hacia el interior siempre ha fracasado, y siempre fracasará. El plan de Dios con usted es comenzar con la raíz misma de todas las dificultades: el corazón, y entonces del mismo corazón surgirán los principios de justicia. La reforma será exterior, así como interior” (*Consejos sobre el régimen alimenticio*, 40). ¿Lo viste? No eres tú el que mediante el dominio propio reformarás tus hábitos de salud ¡No! Tú no puedes hacer esto, es imposible. La reforma pro salud es el resultado de la justicia de Cristo. Su gracia es la única que “produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13) ¡Oh, cuán diferente sería la aceptación del mensaje de salud en la iglesia si lo presentáramos de esta manera, dejando a un lado el legalismo y exaltando el poder de su justicia de Cristo!

Para terminar este comentario es menester que contestemos el siguiente interrogante:

¿En qué convierte la gracia de Cristo al remanente cuando se le dice: “Temed a Dios, y dadle gloria”? La respuesta a esta pregunta la encontramos en la cláusula final que aparece contenida en el mensaje del tercer ángel: “¡Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús!” (Apocalipsis 14:12).

Juan ve a un pueblo al que Dios ha concedido la victoria total sobre el pecado, *antes que el Hijo del Hombre siegue la tierra* (Apocalipsis 14:4-20). Un pueblo que no intenta o dice guardar los mandamientos, sino un pueblo que guarda los mandamientos; una gloriosa realidad que ha sido posible porque sus corazones han recibido la “fe de Jesús”. No es su fe propia la que le ha dado la victoria, como si la fe se tratara de una obra humana, sino la verdadera fe: la “fe de Jesús”, la cual es un “don de Dios” (Efesios 2:8). Esa es la fe que enfrentó las más crueles y feroces tentaciones; esa es la fe que vivió de toda palabra y promesa que salió de la boca de su Padre; esa es la fe que soportó hambre, sed, cansancio y desprecio. Esa es la fe que Dios desea darnos hoy a nosotros para hacernos vencedores como Cristo: “Todo aquel que es nacido de Dios no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios... Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo, y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1 Juan 3:9; 5:4). Los que aún consideran que “la palabra de la cruz es locura” (1 Corintios 1:18) le llaman a esto “herejía”, “perfeccionismo”, “legalismo”. Yo prefiero llamarle al igual que Pablo: “Poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Romanos 1:16).

Mi querido hermano, abre tu corazón para recibir hoy las buenas, refrescantes y maravillosas noticias de Aquel que “es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría” (Judas 1:24).

Autor: Óscar Pacheco



<https://www.facebook.com/photo/?fbid=755070506060806&set=a.590705622497296>